

Gabriel Zaid

Dinero para la cultura



DEBATE

Dinero para la cultura

Hay cinco fuentes de financiamiento para la cultura: el sacrificio personal, la familia, los mecenas, el Estado y el mercado. Todas pueden liberar o esclavizar de distintas maneras. Todas tienen consecuencias en la obra, más allá de sus efectos financieros.

El gran arte popular tiene la situación ideal. Que la obra excepcional llegue a todos, y sea apreciada y pagada por quienes la reciben, sin necesidad de patrocinios ni sacrificios, es una plenitud para todos los que participan. También es una renovación creadora de la tradición que gusta a la mayoría y sorprende a los conocedores. Las circunstancias pueden ser pueblerinas (como en la pintura de Hermenegildo Bustos) o mediáticas (como en las canciones de los Beatles), con resultados económicos muy distintos, pero secundarios. Bustos y sus vecinos alcanzaron en sus retratos una plenitud semejante a la que, cantando, alcanzaron los Beatles y su público.

A falta de eso, lo ideal sería recibir una herencia sin ataduras. Así se han hecho cosas notables. Un joven heredero, encerrado en su casa de Copenhague (y pensando en danés, una lengua tan marginal como su vida para los grandes centros filosóficos), llega a cuestionamientos decisivos del pensamiento occidental. Nadie le hubiera dado una beca para eso, menos aún anticipos sobre futuras regalías autorales. Y ¿quién le hubiera dado a una señora de Buenos Aires dinero para hacer una editorial que nunca fue negocio, aunque modificó la cultura argentina y abrió horizontes para todos los lectores de habla española? Es asombroso lo que hicieron Sören

Kierkegaard y Victoria Ocampo con la libertad que les dio una cantidad relativamente modesta. Y está claro que no lo hubieran hecho sin esa oportunidad. Es asombroso lo que hizo Van Gogh, que se pasó la vida como un fracasado, mantenido por su hermano; o Sor Juana Inés de la Cruz, mientras tuvo protección. En el caso de Van Gogh, el mercado permite calcular la inmensa desproporción entre lo que costó la manutención del pintor y lo que vale su obra. Pero puede decirse lo mismo de los otros. Algo que vale mucho costó poco; y, aunque era poco, el mercado no lo pagó.

Kierkegaard se hundió al recibir el último pago de la pensión que le dejó su padre. En el camino del banco a su casa, cayó muerto. Otros se hunden en el resentimiento y la mediocridad, o dan la pelea con furia. Raymond Carver, con ese realismo sórdido tan suyo, ha contado el odio que sintió contra sus hijos pequeños, a los que tenía que mantener, a costa de no poder escribir.

Se entiende que un organista cargado de hijos, bajo la presión de un calendario de servicios religiosos y una clientela convencional, vaya sacando mal que bien los encargos que recibe, dejando para después hacer su propia música; y que se deje arrastrar por la depresión o el resentimiento de ver que nunca llega el momento soñado: la oportunidad de hacer lo suyo, con toda libertad. Lo milagroso es que Bach haga de sus deberes una oportunidad creadora, encuentre su libertad en tocar el órgano por obligación y convierta cualquier vulgar encargo en un prodigio.

Toda vida es creadora de muchas maneras, y lo mejor sería que, sobre la marcha, supiéramos convertir nuestra opresión en libertad, nuestra vida cotidiana en milagro. No es imposible que el resultado de un encargo sea prodigioso y satisfaga plenamente al autor y a los otros, a buen precio para ambas partes. Pero este cielo del encuentro feliz entre unos y otros, objetivado en una obra de valor perdurable, puede nublarse de muchas maneras. El desencuentro puede ser terrible. El mercado son los otros, y esta realidad puede

vivirse como “El infierno son los otros” (Sartre, *A puerta cerrada*). Si mis obras no gustan (o gustan, pero no me dejan dinero), estoy condenado a vivir de otra cosa.

Si el mercado fuese perfecto en sus juicios de valor (como parecen creer muchos economistas), yo debería dejar lo que no deja, porque no vale. Si mi obra respondiese a las necesidades populares (como querían los revolucionarios), sería reconocida por el pueblo: serviría para liberarlo y liberarme. Pero las cosas son como son. Es posible que mi obra no valga nada, y que, al rechazarla, con buen juicio, el mercado o el pueblo me ayuden a situarme en la realidad, para que me dedique a otra cosa. También puede suceder algo peor, aunque parezca una bendición: que mi obra valga poco y guste mucho, y me la paguen maravillosamente y me levanten monumentos revolucionarios. La verdadera bendición es que valga mucho, y me la reconozcan y paguen bien; aunque los cínicos no lo crean y reduzcan todo a mercados, chifladuras, promoción, enjuagues y relaciones públicas.

Lo más incómodo de todo es creer en algo objetivamente valioso que los demás no ven: la buena música, los libros sin erratas, el rescate de un pintor desconocido, la novela que escribí o pienso escribir, las bibliotecas públicas, el teatro, la astronomía, todo lo que parece prescindible a los que se niegan a pagarlo. Y, para sentirse todavía más tonto, a los veinte o treinta años de no convencerlos, puede aparecer de pronto el funcionario, el mecenas, el mercado, que diga: Esto vale muchísimo. Es obvio. Aquí está el dinero. No hace falta explicarlo... Los mismos cuadros, antes arrinconados, de pronto valen oro.

Mientras se llega a eso (si se llega), ¿qué hacer en los años anteriores, si uno cree que los otros están equivocados? ¿Renunciar, sacrificarse? El sacrificio personal puede ser tan terrible que resulta difícil de entender. Parece una locura. Para ciertas vulgatas teóricas, ni siquiera es posible. No hay sacrificio: hay placeres masoquistas —dice un psicólogo. No hay sacrificio: hay un *hobby* costoso

—dice un economista. No hay sacrificio: todo es un fraude escandaloso —dice un periodista.

El sostén último de las obras valiosas está en el sacrificio personal: en creer en lo que se cree, a pesar de las opiniones de los otros, a pesar de las consecuencias deprimentes que eso tiene en la práctica, a pesar de la familia, los mecenas, el mercado y el Estado. No es un buen augurio para la cultura que el sacrificio personal empiece a parecer inaceptable y hasta ridículo. Cuando se produce únicamente lo que tiene mercado o patrocinio, hace falta un milagro para que la cultura no termine siendo próspera y mediocre.

La cultura como fiesta

Toda forma de financiar el desarrollo cultural tiene limitaciones y peligros. El financiamiento público tiene peligros para la libertad, además de los inconvenientes comunes en el gasto público (se desperdicia más fácilmente, se mediatiza políticamente, se presta a la corrupción). El financiamiento comercial tiene peligros para la calidad, y se limita a lo que tiene mercado. Los mecenazgos pueden ser caprichosos. Y el sacrificio es de alcances limitados, además de injusto, en cuanto el sacrificio es personal y el beneficio colectivo.

No hay una sola fuente de financiamiento preferible en todos los casos. Lo razonable es que todas convivan. Lo ideal es que todas respondan al sentido último de la cultura: la revelación, el asombro, las ganas o la furia de vivir, el amor al arte, la pasión de entender, la inspiración creadora, la plenitud personal y colectiva.

Todavía hoy, la cultura puede ser como una fiesta de amigos, en la que todos contribuyan con sus propios recursos de imaginación, talento, iniciativa, cosas o dinero, al margen del Estado y el mercado. En la cultura, la vida sube de nivel; y eso es lo importante: la inspiración festiva, la conversación entre lectores inteligentes, las aventuras de buenos aficionados que se lanzan a la exploración, la experiencia de lo mejor: lo que resplandece y conmueve, la información curiosa, la reflexión que hace más habitable el mundo. Ese nivel logrado es un premio en sí mismo, aunque no gane puntos curriculares, aplausos ni dinero.

Lo importante está en esos manantiales festivos y creadores donde culmina la vida. Canalizarlos puede favorecer la cultura,

siempre y cuando las conexiones produzcan animación (no sólo tubería), por el contacto de unos entusiasmos con otros. Los canales de radio y televisión, la internet, las publicaciones, las aulas, los talleres, las bibliotecas públicas, las librerías, los museos, las tiendas de discos y de arte, los conciertos, los espectáculos, pueden animar la conversación, subir el nivel de la vida; y al mismo tiempo ser un negocio, una carrera, un renglón del producto interno bruto. Claro, con el peligro de que la tubería y sus intereses conexos vuelvan turbios los manantiales, los bloqueen o los sequen.

Para ser justos, hay que reconocer que la sociedad misma, sin intervención del Estado o el mercado, puede secar, bloquear o degradar el desarrollo cultural. En 1868, Ignacio Manuel Altamirano (que reanimó la cultura en México, empobrecida por invasiones y una guerra civil) organizó unas veladas literarias que entusiasmaron a los participantes. Y tuvo la sabiduría de cancelarlas, cuando la competencia generosa empezó a desbocarse por el lado fácil: no discusiones más inteligentes ni mejores trabajos presentados para celebrar en la fiesta, sino reuniones más rumbosas de los anfitriones en turno. Decidió continuar la fiesta en las páginas de una revista, que resultó fundadora de una larga dinastía editorial: *El Renacimiento*. Desgraciadamente, para esto hubo menos generosidad. Apenas pudo sostenerse, y cerró antes de un año.

La pasión de aquel joven poeta por subir de nivel la conversación en México resultó histórica. Logró renovar los manantiales de nuestro desarrollo cultural, cegados por las pasiones ideológicas. A pesar de lo cual, la revista fue un mal negocio. Altamirano perdió sus ahorros, y se pasó la vida escaso de recursos, aunque era admiradísimo, tenía mucha influencia y escribió un bonito *bestseller* que todavía se vende (*La Navidad en las montañas*). Se quejaba de que el presidente Juárez, su compañero de armas y de ideas liberales, no viera la importancia de apoyar la cultura. Tuvo que recurrir a apoyos particulares y marcarles el alto, cuando no entendieron de qué se trataba.

...imación (no sólo
...n otros. Los cana-
...ones, las aulas, los
...museos, las tiendas
...os. pueden animar
...mo tiempo ser un
...terno bruto. Cla-
...s conexos vuelvan
...n.

...iedad misma, sin
...ar, bloquear o de-
...manuel Altamirano
...da por invasiones
...s que entusiasma-
...ancelarlas, cuando
...or el lado fácil: no
...presentados para
...s de los anfitriones
...inas de una revis-
...editorial: *El Re-*
...enos generosidad.

...nivel la conversa-
...los manantiales de
...iones ideológicas.
...Altamirano per-
...ursos, aunque era
...un bonito *bestse-*
...tañas). Se quejaba
...armas y de ideas
...cultura. Tuvo que
...cuando no enten-

Era de una integridad ejemplar. El 8 de marzo de 1870 escribe amargamente en su diario: Soy fiscal de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, vicepresidente de la Academia Nacional de Ciencias y Literatura, vicepresidente del Conservatorio Dramático, miembro de la junta directiva de la Sociedad Filarmónica “y ahora mismo, ahora mismo, casi escribo estas líneas para entretener el hambre. ¡Poco faltó para no tener qué comer hoy! Al fin, comimos un guisado y *laus deo*. ¡Esto es para hacer de los diplomas, de los manuscritos y de los periódicos una hoguera, y quemarse en ella! ¡Qué mundo!”

Y ¡qué tiempos aquellos, cuando los grandes mexicanos hacían patria y cultura muriéndose de hambre! Pero eso quedó atrás. Cien años después, en 1970, el Estado era millonario. Nunca la clase política (en primer lugar), las universidades (secundariamente), las artes y las letras (incomparablemente menos), habían recibido tanto dinero. Lo cual, como en las veladas de Altamirano, atrajo una multitud de intereses conexos que, en vez de subir el nivel de la conversación y auspiciar el desarrollo de trabajos valiosos, promovieron el desarrollo (burocrático, sindical, carrerista) que dificulta los trabajos valiosos.

Siempre ha habido una fauna parasitaria de la cultura, pero la de antes (los bohemios improductivos, los mecenas ridículos, los aventureros hábiles para colocarse) palidece ante la fauna que prospera con las instituciones millonarias: los mediocres hábiles, los burócratas necios, los sindicatos irresponsables.

También ha prosperado la falsa conciencia. La cultura libre podía ser despiadada con los improductivos, ridículos y farsantes: nadie se engañaba sobre lo que eran. En cambio, la cultura asalariada en las instituciones apapacha a sus mediocres. Los legitima con títulos académicos, cargos rimbombantes, trayectorias administrativas, relaciones de poder, cancha mediática, premios, viajes internacionales y grandes presupuestos.

Peor aún: gracias a los apapachos, ni se enteran de que son mediocres. Sinceramente creen que los grandes edificios, la hinchazón administrativa y su prosperidad personal son la esencia del desarrollo cultural. Sienten que la cultura como fiesta (ver, leer, escuchar y convivir en el más alto nivel) es un subdesarrollo que ha de ser superado: cosa de aficionados, frente a la tubería y conexiones de los grandes aparatos; frente a las carreras que permiten las instituciones, los medios y el mercado.

Con resultados paradójicos. A mediados del siglo xx, el gabinete presidencial tenía una escolaridad promedio que apenas llegaba a la licenciatura. Sin embargo (¡lo que es el subdesarrollo!), muchos funcionarios de entonces creían en los libros, en el arte, en la cultura, como algo importantísimo para la vida nacional, aunque no supieran traducirlo en medidas adecuadas. Ahora hay altos funcionarios con doctorados en el extranjero a los cuales no es fácil explicarles qué es un libro, ni por qué la literatura y las artes son fundamentales para el desarrollo nacional. No ven la diferencia con cualquier otra mercancía.

¿Cómo liberar a las instituciones culturales de su fauna parasitaria? Parece difícil, y no por falta de soluciones prácticas. La dificultad no es operativa, sino política y mental. La cultura libre opera en forma artesanal, diversa y dispersa; lo cual es bueno para el desarrollo cultural: le da más fuerza a los manantiales que a los intereses conexos. Pero los intereses conexos del gigantismo tienen una fuerza política y económica que no tendrán jamás las operaciones artesanales.

También es gigantesca la dificultad mental. Una vez que la educación superior produce millones de ignorantes de su propia ignorancia, como si fuera natural; y universitarios que no leen, como si fuera natural; la incultura se vuelve el paradigma del éxito, porque la clase política está formada por universitarios. Por eso, el ogro filantrópico se ha vuelto omiso o destructivo para el desarrollo cultural. Algunos atribuyen el daño resultante a intenciones siniestras.

e que son me-
la hinchazón
del desarro-
leer, escuchar
que ha de ser
conexiones de
en las institu-

xx, el gabinete
enas llegaba a
ollo!), muchos
rte, en la cul-
al, aunque no
ay altos fun-
les no es fácil
y las artes son
diferencia con

fauna parasi-
cticas. La di-
cultura libre
es bueno para
ales que a los
ntismo tienen
las operacio-

ez que la edu-
propia igno-
leen, como si
éxito, porque
eso, el ogro
esarrollo cul-
nes siniestras,

sórdidos intereses o rencores inconscientes. Una explicación más sencilla está en la ignorancia.

Ver el milagro de la cultura como una actividad más o menos superflua es no tener sentido de la realidad. La cultura es el origen y la culminación del desarrollo.